

con acento

Una nueva interpretación del Islam

Juan Antonio Irazabel

En Occidente (Europa y América) hay actualmente unos 30 millones de musulmanes. Su número irá, con toda seguridad, en aumento. Y su presencia no se prevé que vaya a ser pasajera. ¿Cómo vivirán en sus países de adopción? Podrían terminar constituyendo unos guetos cerrados, con los peligros que ello conlleva, o tal vez consigan integrarse sin por ello tener que renunciar a su fe.

Tariq Ramadan es uno de estos musulmanes transplantados a Occidente, concretamente a Ginebra. Tiene ahora 40 años. Es profesor de islamología y filosofía en varias universidades suizas. Es creyente, practicante y militante musulmán, hijo y nieto de históricos dirigentes de los «Hermanos Musulmanes» egipcios. Y ha publicado este mismo año un libro titulado *Sinbad* (Actes Sud), en el que reivindica el derecho a la *itjihad* (el esfuerzo interpretativo) practicado por tantos maestros del Islam hasta fines del siglo XIX y primera mitad del XX.

Uno de los dos objetivos principales de este libro es animar a los musulmanes de Occidente a integrarse en las sociedades en las que están destinados a echar raíces

definitivamente, a convertirse en auténticos ciudadanos alemanes, franceses, británicos o norteamericanos. El Islam –sostiene– es una religión, y no otra cosa, y coexiste con una gran variedad de culturas y etnias. Es urgente, pues, que los musulmanes renuncien a esa «visión binaria y maniquea» que les hace ver a las sociedades occidentales como hostiles al Islam y a los musulmanes. El racismo, los prejuicios y las discriminaciones que no pocas veces padecen por parte de los occidentales los pueden combatir y superar apoyándose en las organizaciones de defensa de los derechos humanos. Lo que no deben hacer es adoptar cualquiera de las formas de «comunitarismo» que puedan chocar con el concepto de ciudadanía democrática.

El segundo objetivo de este libro es aún más ambicioso: reconciliar el Islam con la modernidad. Ramadan parte del principio según el cual «no hay contradicción entre la fe y la razón». Si, además, se tiene en cuenta que «el Corán es un texto revelado en un momento dado de la historia y en un contexto determinado», las posibilidades de interpretación abiertas son considerables. Según el autor, el Corán contendría solamente

unos pocos principios que se deben tomar a la letra, mientras que la mayor parte de los versículos serían susceptibles de interpretación. La mayoría sólo pretenden orientar el comportamiento de los musulmanes en el ejercicio de su libertad. Por otra parte, no se puede negar que en el Corán hay versículos «*aparentemente*» contradictorios; en tales casos, «*es preciso situarlos en su contexto y darles una interpretación coherente*». El fallo no está en el Corán sino en el pensamiento de no pocos musulmanes que se empeñan, por ejemplo, en afirmar que la mujer no sufre la menor discriminación en las sociedades musulmanas. Por ello, el autor anima a los musulmanes de Occidente a «*liberarse*», a conquistar su «*independencia intelectual, política y financiera*» respecto a cualquier gobierno, en particular respecto a los regímenes autoritarios árabes que pretenden impedir cualquier reforma del Islam por temor a perder sus privilegios.

La laicidad de los Estados occidentales no constituye, para el autor, ningún problema. Los musulmanes están obligados a respetar la Constitución y las leyes de su país de adopción, porque —y aquí se manifiesta de nuevo la audacia y la novedad de la interpretación de T. Ramadan— «*el Islam distingue la esfera privada de la pública, la religión de la política*». La *sharía* enseña cómo ser musulmán, pero no es de esencia divina, por tanto ha de adaptarse a las exigencias de la democracia. Y nada,

en el Islam, se opone a la emancipación de la mujer.

Este musulmán suizo no es el primer musulmán de nuestros tiempos que ha propugnado «*un Islam con vocación liberadora*», para decirlo empleando el título de la obra del sudanés Mahmoud Mohamed Taha, publicada en francés el pasado año por L'Harmattan, en la que afirma que la verdadera fe es la que reconoce que «*el ser humano ha sido creado a imagen de Dios*» y, por tanto, libre, responsable y capaz de superarse. Por desgracia, el autor pagó tal audacia con su propia vida: murió ahorcado el 18 de enero de 1985 bajo la dictadura de Nemeiry. En la mayoría de los países musulmanes no corrían entonces aires de apertura política o religiosa. Y desde entonces la situación apenas ha cambiado, por desgracia.

Es de esperar que Tariq Ramadan no padezca la misma suerte a manos de otro fanático o de otro dictador. Aunque no le han de faltar dificultades por parte de sus correligionarios. De todas maneras, ya ha rendido un gran servicio al Islam y a la humanidad. ■